

Ese trabajo nos deleitaba, y una vez de vuelta en la población, al encontrar en nuestro jardín un poco de barro y greda nos pusimos á edificar una verdadera fortificación en una escala reducida, con troneras y barbetas rectas y oblicuas bien calculadas. Todo se había hecho con esmero, y lo que ahora ambicionábamos era obtener alguna madera para hacer las plataformas para los cañones, y poder colocar sobre ellas los que nos servían de modelos en la clase. Pero, ¡ay!, que nuestros pantalones tomaron un aspecto alarmante. «¿Qué hacéis ahí?», exclamó nuestro capitán. «¡Mirad cómo estáis! ¡Parecéis obreros! (lo que precisamente nos servía de satisfacción). ¡Qué diría el gran duque si viniera y os encontrara en semejante estado!»

«Le enseñaríamos nuestra fortificación y le pediríamos herramientas y madera para las plataformas.»

Todas las protestas fueron vanas; doce trabajadores vinieron al siguiente día á llevarse nuestra hermosa obra, como si se tratara de un montón de basura.

Menciono esto para demostrar cuánto desean los niños y los jóvenes poder poner en práctica lo que han aprendido en la escuela de un modo abstracto, y qué estúpidos son los maestros que no alcanzan á ver la ayuda tan poderosa que podrían hallar en esta dirección, contribuyendo á que sus discípulos se hicieran cargo del verda-

dero sentido de lo que aprenden. En nuestro colegio todo tendía á educarnos para la guerra; sin embargo, nosotros hubiéramos trabajado con igual entusiasmo en tender una línea férrea, en edificar una barraca ó en cultivar un jardín ó un campo. Pero todas estas aspiraciones de los niños y de los muchachos á un trabajo *verdadero* son perdidas, sencillamente porque nuestra idea de la escuela es todavía la del escolasticismo y el monasterio medioevales.

VIII

Los años 1857-61 lo fueron de prosperidad para la fuerzas intelectuales rusas; todo lo que se había murmurado al oído en los últimos diez años, con la reserva propia de las reuniones puramente de amigos, por la generación representada en la literatura rusa por Turgueneff, Tolstoi, Hérzen, Bakunin, Ogarioff, Kavinin, Dostoyusky, Grigorovich, Ostrousky y Nekrosov, empezaba ahora á darse á conocer por la prensa. La censura era todavía muy severa; pero lo que no se podía decir abiertamente en el artículo de fondo se deslizaba en forma de novela, relatos humorísticos ó comentarios velados sobre acontecimientos de la Europa occidental; y todos leían entre líneas y se hacían cargo de lo que se trataba.

No teniendo relaciones en San Petersburgo, aparte del colegio y un reducido círculo de parientes, yo no tomé parte en el movimiento radical de aquellos años; me hallé muy alejado de él. Sin embargo, su rasgo más característico era tal vez el tener la facultad de poder penetrar en un colegio de tan «buen tono» como el nuestro, y encontrar eco en un círculo tal como el formado por mis parientes de Moscou.

En aquel tiempo acostumbraba á pasar los domingos y días festivos en casa de mi tía, de quien se ha hablado en uno de los capítulos anteriores bajo el nombre de princesa Mirsky; su marido sólo pensaba en banquetes y comidas extraordinarias, mientras que ella y su hija únicamente se ocupaban en divertirse. Mi prima era una joven muy bella de diecinueve años, de carácter muy amable, y casi todos sus primos estaban perdidamente enamorados de ella. A su vez, ella también se enamoró de uno de ellos y quiso casarse con él; pero el casamiento entre primos es considerado como un gran pecado por la iglesia rusa, y su madre procuró en vano obtener un permiso especial de las altas dignidades eclesiásticas, por cuyo motivo la trajo á San Petersburgo, en la esperanza de que pudiera elegir entre sus muchos admiradores un marido más conveniente para ella que su propio primo. Debo agregar que todo fué trabajo perdido; pero su elegante morada era el centro de una brillan-

te multitud de jóvenes pertenecientes al ejército y á la carrera diplomática.

Semejante casa hubiera sido la última en que se hubiese podido pensar, como relacionada con las ideas revolucionarias; y sin embargo, en ella fué donde primero conocí la literatura revolucionaria de la época. El gran emigrado Hérzen acababa de empezar á publicar entonces en Londres su Revista *La Estrella Polar*, que tan gran conmoción causó en Rusia, aun entre los círculos palaciegos, y que secretamente circulaba en San Petersburgo. Mi prima pudo hacerse de ella, y acostumbrábamos á leerla juntos. Su corazón se rebelaba contra los obstáculos que se oponían á su felicidad, y su cerebro se hallaba por eso mismo más dispuesto para prestar buena acogida á la enérgica crítica que el gran escritor lanzaba contra la aristocracia rusa y todo su desacreditado sistema de desgobierno. Con un sentimiento que rayaba en veneración, acostumbraba yo á mirar al medallón impreso en la cubierta de *La Estrella Polar*, y que representaba las nobles cabezas de los cinco «decembristas» á quienes ahorcó Nicolás I después de la rebelión del 14 de Diciembre de 1825: Besturheff, Hahousky, Pestel, Ryleeff y Muraviov-Apostol.

La galanura del estilo de Hérzen—de quien Turgueneff ha dicho con razón que escribía con lágrimas y sangre, y á quien nadie en Rusia amás ha igualado—, la amplitud de sus ideas y

su profundo amor á su país, hicieron honda huella en mí, siendo esto causa de que leyerá y releyerá esas páginas, más aún con el corazón que con la cabeza.

En 1859 ó principios del 60, empecé á publicar mi primer periódico revolucionario. A tal edad, ¿qué podía ser yo más que un progresista? Así que, en mi publicación se abogaba á favor de una constitución para Rusia, mostrando su necesidad: se criticaban los desenfrenados gastos de la corte, lo que se invertía en Niza para mantener poco menos que una escuadra á disposición de la emperatriz viuda, que murió en 1860; se mencionaban los abusos de los funcionarios, de que continuamente oía yo hablar, y se hacía la apología del sistema constitucional. La tirada era de tres ejemplares, que yo deslizaba en las carpetas de tres compañeros de las clases más adelantadas, á quienes yo suponía pudieran interesarse en la cosa pública, encargándoles á los lectores que las observaciones que quisieran hacer las colocaran tras el reloj escocés de la biblioteca.

Con verdadera emoción fui al día siguiente á ver si habían dejado en dicho lugar algo para mí. Allí encontré dos notas; dos compañeros escribían que simpatizaban mucho con la idea, y sólo me aconsejaban que no me arriesgara demasiado. Escribí el segundo número, insistiendo con mayor energía aún en la necesidad de unir todas las fuerzas en nombre de la libertad; pero esta

vez no contestó ninguno, y en su lugar los dos compañeros vinieron á mí y se expresaron de este modo:

«Tenemos la seguridad que eres tú quien escribe el periódico, y queremos hablarte sobre el particular. Estamos perfectamente de acuerdo contigo, y hemos venido aquí para decir, seamos amigos; el periódico ha cumplido su misión: ha conseguido unirnos; pero no hay necesidad de que continúe. En todo el colegio no hay más que otros dos que pudieran tomarse algún interés en tales cuestiones, mientras que si se llegara á saber que se publicaba un periódico de esta índole, las consecuencias serían terribles para todos nosotros.

Constituyamos, pues, un círculo, y hablemos de todo lo que nos parezca; tal vez consigamos atraernos algunos otros.»

Esto era tan razonable, que no pude por menos de estar conforme con ello, y sellamos nuestra unión con un fuerte y cordial apretón de manos. Desde entonces, los tres vinimos á ser buenos amigos, acostumbrando á leer mucho juntos y á discutirlo todo.

* * *

La abolición de la servidumbre era el asunto que en aquel tiempo llamaba más la atención de todos los hombres pensadores.

La revolución de 1848 había encontrado un

eco lejano en el corazón del campesino ruso, y desde el año 1850 las insurrecciones de los siervos empezaron á tomar serias proporciones. Cuando estalló la guerra de Crimea y se hicieron levás en toda Rusia, estos alzamientos se extendieron con una violencia jamás conocida hasta entonces. Muchos propietarios de siervos fueron muertos por éstos y los movimientos de los campesinos adquirieron tanta importancia, que hubo necesidad de mandar regimientos enteros con artillería y todo para sofocarlos, cuando en otro tiempo bastaba un pequeño destacamento de soldados para reducirlos por el terror á la obediencia.

Estos actos de audacia de una parte, y de la otra la profunda aversión á la servidumbre, que había crecido con la generación que venía á la vida pública con el advenimiento de Alejandro II al trono, hacían la emancipación de los aldeanos cada vez más imperativa. El mismo emperador, contrario á dicha institución, y sostenido ó, mejor dicho, influido en el seno de su propia familia, por su esposa, su hermano Constantino y la gran duquesa Elena Paulouna, dió los primeros pasos en esa dirección. Su intención era que la iniciativa de la reforma partiera de la nobleza, de los mismos dueños de siervos. Pero en ninguna provincia rusa se pudo inducir á la nobleza á que enviara una petición al zar con tal objeto. En Marzo del 56 él en persona dirigió la palabra á

la nobleza de Moscou, sobre la necesidad de tal medida; pero su discurso sólo fué contestado con un significativo silencio; así que, montando en cólera, Alejandro II concluyó con estas memorables palabras de Hérzen: «Es mejor, señores, que viniera de arriba, que no aguardar hasta que venga de abajo.» Pero ni aun esto causó efecto alguno, y fué necesario recurrir á las provincias de la Antigua Polonia, Grodno, Wilno y Houno, en las que Napoleón I había abolido la servidumbre (en el papel) en 1812. Narimoff, gobernador general de esas provincias, pudo al fin conseguir la tan deseada petición, de la nobleza polaca. En Noviembre del 57, el famoso «rescripto» dirigido al gobernador general de las provincias lituanias, anunciando la intención del emperador de abolir la servidumbre, fué lanzado á la publicidad, y nosotros leímos, con los ojos humedecidos por el llanto, el hermoso artículo de Herzen, titulado «Tú has vencido, Galileo», en el cual los refugiados en Londres declaraban que en adelante no mirarian á Alejandro II como enemigo, sino que, por el contrario, le ayudarían en la gran obra de la emancipación.

La actitud de los campesinos fué verdaderamente notable: no bien circuló la noticia de que la tan deseada liberación se aproximaba, cuando casi todas las insurrecciones se contuvieron. La población rural adoptó una actitud expectante, y durante un viaje que Alejandro efectuó por el

interior del país, por todas partes le salían al paso, rogándole les diera libertad, petición que, á pesar de todo, él recibió con gran repugnancia. Es digno de llamar la atención, pues revela la fuerza de la tradición, que se abrió camino el rumor de que había sido Napoleón III quien alcanzó del zar en el tratado de paz que se diera libertad á los campesinos. Semejante rumor lo oí con frecuencia; y hasta en la vispera misma de la emancipación parecían dudar que ésta pudiera llevarse á cabo sin que la presión viniera del exterior. «No se hará nada, á menos que no venga Garibaldi», fué la contestación que dió un labriego á un compañero mío que le habló de «la libertad que se acercaba.»

Pero á estos primeros momentos de regocijo general, siguieron años de incertidumbre é inquietud; comisiones especialmente nombradas al efecto en las provincias y en San Petersburgo, discutían el asunto; pero la voluntad de Alejandro parecía vacilante, y de continuo se contenía á la prensa para evitar se discutieran los detalles. En San Peterburgo circularon siniestros rumores que llegaron hasta nuestro cuerpo.

No faltaban jóvenes entre la nobleza, que sinceramente trabajaran por la franca abolición de la vieja servidumbre; pero el partido contrario se unía cada vez con más fuerza en torno del emperador, y concluyó por influir en su ánimo. Ellos murmuraban á su oído, que el día que se

aboliera la servidumbre, los campesinos empezarían á matar á todos los propietarios territoriales, y Rusia presenciaria un nuevo levantamiento Puyachóff, mucho más terrible que el de 1773; y Alejandro, que era un hombre de un carácter débil, prestó fácilmente acogida á tales predicciones. Pero toda la máquina destinada á producir la ley de la emancipación se había puesto en movimiento; las juntas se reunían; buen número de proyectos de emancipación dirigidos al emperador, circulaban manuscritos é impresos en Londres. Hérzen, secundado por Turgueneff, quien lo tenía bien informado de todo lo que ocurría en los centros oficiales, comentaba en su *Campana* y en su *Estrella Polar* los detalles de los diferentes proyectos, y otro tanto hizo Chernysheusky en el *Contemporáneo* (Soureménrik). Los eslavófilos, en particular Aksákoff y Bélyáeff, se habían aprovechado de los primeros momentos de relativa libertad concedida á la prensa, para dar al asunto una gran publicidad y discutir las consecuencias de la emancipación con profundo conocimiento de su aspecto técnico. Todo el San Petersburgo intelectual estaba con Hérzen, y sobre todo con Chernysheusky, y recuerdo de qué modo los oficiales de la guardia imperial, á quienes veía los domingos después de la parada, en casa de mi prima (entre ellos Dmitri Nikolaevich Kropotkin, aide-de-camp del emperador) estaban

de acuerdo con el jefe del partido avanzado en la lucha por la emancipación. El torrente de la opinión, lo mismo en los salones que en las calles de San Petersburgo fué tal, que era imposible retroceder. La liberación tenía que realizarse; y otra cosa de importancia se había conseguido; los libertos recibirían, además de sus hogares, las tierras que hasta entonces hubiesen cultivado.

Sin embargo, el partido de la antigua nobleza no se desanimaba; concentraba sus esfuerzos en la obtención de un aplazamiento de la reforma, en reducir las dimensiones del terreno que se había de conceder al liberto y en la imposición de un impuesto de redención sobre aquél, tan elevado, que hiciera ilusoria su libertad económica; viendo semejantes pretensiones coronadas por el éxito. Alejandro II despidió al que era el alma verdadera de todo el movimiento, Nicolás Milútín (hermano del ministro de la Guerra), diciéndole al partir: «Siento privarme de vuestros servicios, pero tengo que hacerlo; la nobleza os considera como uno de los rojos.» La primera junta que había redactado el proyecto de emancipación fué disuelta también; y otra nueva revisó aquel trabajo en interés de los dueños de siervos, siendo la prensa una vez más amordazada.

Las cosas tomaron un aspecto muy sombrío, llegándose á dudar de que la liberación hubiera

jamás de realizarse. Yo seguía febrilmente las peripecias de la lucha, y todos los domingos, cuando mis compañeros volvían de sus casas, les preguntaba lo que habían oído decir á sus padres. Hacia fines del año 60 las noticias eran cada vez peores: «El partido de Valicéff está en candelero». «Tratan de revisarlo todo». «Los parientes del príncipe X (un amigo del zar) no lo dejan de la mano». «La liberación será aplazada; temen una revolución».

*
*
*

En Enero del 61 empezaron á circular rumores un poco menos pesimistas, y generalmente se confiaba que algo respecto al particular podría surgir el 19 de Febrero, aniversario del advenimiento al trono del emperador.

Llegó la fecha deseada, pero no trajo nada nuevo. Aquel día estaba yo en palacio; no había gran recepción sino pequeña, y á ella se mandaban los pajes de la segunda clase, con objeto de que se fueran acostumbrando á las prácticas palatinas. Estando yo, pues, de servicio y teniendo por misión atender á una de las grandes duquesas que habían venido á palacio á asistir á la misa, no pareciendo su marido, fui á buscarlo. Se encontraba en el gabinete del emperador, y al acompañarlo, le dije medio en broma lo ajena que estaría su mujer de la importancia de aquella conferencia. Aparte de muy pocos ini-

ciados, nadie en palacio sospechaba que el manifiesto se hubiera firmado el 19 de Febrero, y se hubiese tenido oculto quince días, únicamente porque el domingo inmediato, el 26, era el primer día de Carnaval y se temía que, debido á lo que se bebe en las aldeas con tal motivo, pudiera estallar una insurrección. Hasta la feria de Carnaval, que se acostumbraba á celebrar en San Petersburgo en la plaza próxima al Palacio de Invierno, fué trasladada aquel año á otra, por temor á un levantamiento en la capital. Las instrucciones dadas á las tropas respecto al modo de reprimir cualquier movimiento de los aldeanos eran verdaderamente terribles.

Quince días después, el último domingo de Carnaval (el 5 de Marzo, ó más bien el 17, según el Nuevo Cómputo), estaba en el colegio, por tener que tomar parte en una parada militar en la escuela de equitación; aún me hallaba en cama, cuando mi asistente Ivanoff entró precipitadamente con el servicio de te, exclamando: «¡Príncipe, libertad. El manifiesto está fijado en las Gosinoi Duoz!» (las tiendas que daban frente al colegio).

—¿Lo viste tú mismo?

—Sí; la gente se agolpaba para conocerlo; uno lee, los otros oyen. ¡Es la libertad! En un par de minutos estaba yo vestido y en la calle. Un compañero que venía al colegio me dijo:

«¡Kropolkin, la libertad!» Aquí está el manifiesto: mi tío se enteró anoche que se leería en la primera misa de la catedral de Isaac, y allá fuimos todos. La concurrencia era poco numerosa; no había más que gente del pueblo. Se leyó el manifiesto, y se distribuyó después de misa. Todos lo comprendieron bien; al salir, dos campesinos que estaban á la puerta, me dijeron de un modo muy significativo:

«¿Qué tal? ¿Parece que se han ido?» Imitando él el gesto y la acción con que indicaban la salida. Aquel modo de despedir á los amos representaba muchos años de expectación.

Leí y releí el manifiesto; estaba escrito en un estilo elevado por el antiguo metropolitano de Moscou, Philarète, pero con una mezcla de ruso y antiguo eslavo que oscurecía su sentido. Era la libertad; pero no del momento, teniendo los aldeanos que seguir en la servidumbre dos años más, hasta el 19 de Febrero de 1863. A pesar de todo esto, una cosa resultaba abolida, y los libertos tomarían posesión de sus hogares y sus tierras. Verdad es que tendrían que pagarlas; pero la antigua mancha de la esclavitud se había borrado; ya no serían esclavos más; la reacción esta vez no ganó la partida.

Fuimos á la parada, y cuando la parte militar hubo terminado, Alejandro II, permaneciendo á caballo, gritó: «¡A mí los oficiales!» Todos se aglomeraron en torno suyo y él empezó á

pronunciar un discurso en alta voz respecto al gran acontecimiento del día.

A nosotros llegaron fragmentos de sentencias como éstas; «Los oficiales... los representantes de la nobleza en el ejército... se ha puesto un término á siglos de injusticia... confío en la abnegación de la nobleza... la leal nobleza se agrupará alrededor del trono...» y otros parecidos. Dándose por los oficiales entusiastas vivas al terminar.

Más que marchando, volvimos al colegio corriendo, haciendo todo lo posible por llegar á tiempo á la ópera italiana, cuya última función de la temporada debía tener lugar aquella tarde; por cuyo motivo era de esperar se hiciera allí alguna manifestación. Nos quitamos los uniformes precipitadamente y muchos de nosotros, con vestidos ligeros, corrimos á la galería del sexto piso, encontrando el teatro completamente lleno.

Durante el primer entreacto el salón de fumar de la Ópera se vió invadido por una multitud de jóvenes excitados, hablando todos unos con otros, ya se conocieran ó no. Convinimos, desde luego, volver á la sala y cantar con todo el público en un coro general el himno «Dios salve al zar».

Pero en aquel momento se oyeron los acordes de la música y todos corrimos hacia dentro. La orquesta de la Ópera estaba ya tocando dicho

himno, que fué ahogado por las aclamaciones que partían de todos los extremos del teatro. Vi á Baciéri, el director de orquesta, moviendo la batuta; pero ningún sonido se percibía de aquella banda tan numerosa. Entonces se paró aquél, pero los vivas continuaron. Otra vez vi moverse la batuta en el aire, los músicos tocaban sus instrumentos de viento; pero ahora también el ruido de las voces se sobrepuso al sonido de la orquesta. De nuevo empezó Baciéri á hacer que se tocara el himno, y sólo al final de esta tercera repetición fué cuando algunos sonidos aislados pudieron dominar el clamor de las voces humanas.

El mismo entusiasmo habia en la calle. Una multitud, compuesta de campesinos é individuos de la clase media, se situó enfrente del palacio dando vivas, y el zar no podía salir sin que una entusiasta muchedumbre lo siguiera corriendo tras el carruaje. Razón tenía Hérzen cuando dos años más tarde, mientras que Alejandro ahogaba en sangre la insurrección polaca, y «el verdugo Muravieff» la estrangulaba en el cadalso, escribió: «Alejandro Nikolaevich, ¿por qué no te moriste aquél día? Tu nombre se hubiera transmitido á la Historia como el de un héroe.»



¿Dónde estaban los levantamientos que habían sido predichos por los campeones de la esclavitud? Condiciones más indefinidas que las creadas por la *Polozhénie* (la ley de emancipación) no se hubieran jamás inventado. Si algo podía haber provocado trastornos, era indudablemente la extremada vaguedad de las condiciones creadas por la nueva ley; y, sin embargo, excepto en dos lugares, donde hubo insurrecciones y en alguno que otro sitio, donde ocurrió un pequeño disturbio, debido únicamente á una mala inteligencia, y sofocado en el acto, puede decirse que Rusia permaneció tranquila, más tranquila que nunca. Con su buen sentido habitual, comprendieron los campesinos que la servidumbre había concluído, que llegó al fin la libertad, y aceptaron las condiciones que se les imponían, por más que éstas fueran muy gravosas.

Estuve en Nikolskoye en Agosto del 61 y también en el verano del 62, y me admiró la manera tranquila é inteligente con que los aldeanos habían aceptado el nuevo orden de cosas. Sabían perfectamente lo difícil que sería pagar el impuesto de redención por el terreno, que era en realidad una indemnización á la nobleza, en vez de las obligaciones de la servidumbre; pero tanto apreciaban la abolición de su esclavitud personal, que aceptaron cargas tan ruinosas, no sin murmurar, pero como una dura necesidad, desde el momento que se obte-

nia la libertad personal. Los primeros meses guardaron dos días de fiesta por semana, diciendo que era pecado trabajar en viernes; pero cuando vino el verano, se dedicaron al trabajo con mayor energía aún que antes.

Cuando vi á nuestros campesinos en Nikolskoye quince meses después de la liberación, no pude por menos que admirarlos. Su bondad ingénita y su dulzura eran las mismas; pero toda clase de servilismo había desaparecido. Le hablaban á sus amos como de igual á igual, como si jamás hubieran estado en otras relaciones. Además, aparecieron entre ellos hombres tales, que muy bien pudieran cumplidamente defender sus derechos. *El Polozhénie* era un libro voluminoso y difícil, que me costó bastante tiempo el comprender, y, sin embargo, cuando Varili Juanoff, el corregidor de Nikolskoye, vino un día á pedirme que le explicara algo que encontraba obscuro, vi que él, que ni aun leía de corrido, había admirablemente hallado su camino á través de los intrincados capítulos y párrafos de la ley.

Los criados, es decir la gente dedicada al servicio doméstico, fueron los que escaparon peor. No les dieron tierras, y apenas hubieran sabido qué hacer con ellas si las hubiesen obtenido. Alcanzaron la libertad y eso fué todo. En nuestra vecindad casi todos dejaron á sus amos; en casa de mi padre, por ejemplo, no quedó ningun-

no. Se fueron á otra parte en busca de colocación, y muchos de ellos la encontraron al momento en casa de los comerciantes, que tenían á gala tener el cochero de tal ó cual príncipe ó el cocinero de tal ó cual general. Los que sabían un oficio encontraron trabajo en las poblaciones; por ejemplo, la banda de música de mi padre no se disolvió, y halló un buen modo de vivir en Kalúga, conservando amistosas relaciones con nosotros; pero los que no tenían oficio lo habían de pasar mal, y, sin embargo, la mayoría prefería vivir de cualquier modo antes que permanecer con sus antiguos amos.

Respecto á los propietarios, mientras los más importantes hacían todos los esfuerzos posibles en San Petersburgo para reintroducir las antiguas condiciones con uno ú otro nombre (lo que consiguieron hasta cierto punto con Alejandro III), la gran mayoría se sometió á la abolición de la servidumbre como á una especie de calamidad necesaria. La nueva generación dió á Rusia esa notable falange de «mediadores de paz» y amantes de la justicia, que tanto contribuyó á la marcha pacífica de la emancipación. En cuanto á la antigua, casi todos tenían ya echadas sus cuentas respecto á la inversión que harían de las grandes sumas que tenían que recibir de los campesinos en cambio de las tierras cedidas á éstos, las cuales habían sido apreciadas muy por encima de su valor real; dudando

entre derrochar ese dinero en los restaurants de las capitales ó sobre el tapete verde del juego. Y en verdad que la mayoría lo disipó tan pronto como lo tuvo en su poder.

Para muchos propietarios, la liberación de los siervos fué un excelente negocio; así, por ejemplo, tierras que mi padre, anticipándose á la emancipación, vendió en parcelas al tipo de once rublos el acre ruso, fueron luego estimadas al de cuarenta en las entregadas á los campesinos; esto es, tres veces y media más de su precio en el mercado, y esto era lo corriente en todos nuestros alrededores; mientras que en el estado de Tambov, de mi padre, en las praderas, el *mir*, esto es, la aldea en común, fijó el tipo de la renta de todas sus tierras por doce años, en un precio que representaba el doble de lo que él acostumbraba á obtener de ellas cuando las cultivaban los siervos.

*
* *

Once años después de esa época memorable fui á aquel mismo estado, que había heredado de mi padre, donde permanecí durante algunas semanas, y en la tarde del día de mi partida, el cura de nuestra aldea, hombre de inteligencia é ideas independientes, tipo que se encuentra algunas veces en nuestras provincias del Sur, salió á dar un paseo por los contornos del lugar. La puesta del sol era espléndida; un aire em-

balsamado venía de los campos, y á poco de caminar encontró á un aldeano de una edad regular, llamado Antón Savélieff, sentado sobre una pequeña eminencia, leyendo un libro de salmos. El pobre apenas sabia deletrear el antiguo eslavo, y con frecuencia solía empezar un libro por la última página, volviendo éstas al revés; pero así y todo, le agradaba la lectura, y cuando una palabra que llamaba su atención la encontraba repetida, eso le producía contento; en aquel instante leía un salmo, cada uno de cuyos versos empezaba con la palabra «regocijáos».

«¿Qué leéis?», le preguntó aquél. A lo que contestó: «Os lo voy á decir ahora, padre: hace catorce años el viejo príncipe vino aquí; era en invierno. Yo no habia hecho más que volver á casa medio helado; se habia desencadenado una tormenta de nieve; no hice más que empezar á desnudarme, cuando se oyó un golpe en la ventana. Era el corregidor, que gritaba: «¡Id á casa del príncipe; os necesita!» Todos nosotros—mi mujer y mis hijos—nos quedamos petrificados. «¿Para qué te querrá?», exclamó mi mujer alarmada. Yo sali santiguándome; la nieve me quitaba la vista al cruzar el puente; pero todo concluyó en bien. El viejo príncipe estaba durmiendo la siesta, y cuando se despertó, me preguntó si sabia trabajar de albañilería, y sólo me dijo que volviera al día siguiente á recoger los des-

conchados de una habitación. Así, que me fui á casa muy contento, y al llegar al puente, encontré allí á la mujer, que me esperaba. En aquel lugar habia estado, á pesar de la tormenta, aguardándome con el niño en los brazos. «¿Qué ha ocurrido, Savélieff?», gritó al verme. «Nada de particular, le contesté; sólo me necesita para hacer un chapuz.» Esto pasaba, padre, en aquel tiempo, y ahora el joven príncipe vino aquí el otro día; fui á verlo y lo encontré en el jardín tomando el té á la sombra; usted, padre, estaba con él y el corregidor del cantón con su cadena de alcalde sobre el pecho. «¿Quieres tomar té, Savélieff?», me preguntó. «Toma asiento. Petr Gregorieff, dijo al mayordomo, danos otra silla». Y aquél, que tanto nos aterraba cuando estaba al servicio del viejo príncipe, la trajo, y todos nos sentamos en torno de la mesa, hablando y tomando el té que él mismo nos sirvió á todos nosotros. Pues bien, padre, como la tarde está tan hermosa y el aire viene embalsamado, yo me siento y leo: ¡regocijáos!, ¡regocijáos!»

Esto es lo que la abolición de la servidumbre significaba para los campesinos.